

CUARENTA LEGUAS POR CANTABRIA

I

Al entrar en Santillana parece que se sale del mundo. Es aquélla una entrada que dice: "no entres.". El camino mismo, al ver de cerca la principal calle de la antiquísima villa, tuerce á la izquierda y se escurre por junto á las tapias del palacio de Casa-Mena, marchando en busca de los alegres caseríos de Alfoz de Lloredo. El telégrafo, que ha venido desde Torrelavega, por Puente San Miguel y Vispieres, en busca de lugares animados y vividores, desde el momento en que acierta á ver las calles de Santillana da también media vuelta y se va por donde fué el camino. Locomotoras jamás se vieron ni oyeron en aquellos sitios encantados. El mar, que es el mejor y más generoso amigo de la hermosa Cantabria, á quien da por tributo deliciosa frescura y fácil camino para el comercio, el mar de quien Santillana toma su apellido, como la esposa recibe el del esposo, no se digna mirarla, ni tampoco dejarse ver de ella. Jamás ha pensado hacerle el obsequio de un puertecillo, que en

otras partes tanto prodiga; y si por misericordia le concede la playa de Ubiarco, las aviesas colinas que mantienen tierra adentro á la desgraciada villa, no le permiten hacer uso de aquel mezquino desahogo. Contra Santillana se conjura todo: los cerros que la aplastan, las nubes que la mojan, el mar que la desprecia, los senderos que de ella huyen, el telégrafo que la mira y pasa, el comercio que no la conoce, la moda que jamás se ha dignado dirigirle su graciosa sonrisa.

El viajero no ve á Santillana sino cuando está en ella. Desde el momento en que sale la pierde de vista. No puede concebirse un pueblo más arrinconado, más distante de las ordinarias rutas de la vida comercial y activa. Todo lugar de mediana importancia sirve de paso á otros, y la calle Real de los pueblos más solitarios se ve casi diariamente recorrida por ruidosos vehículos que transportan viajeros, que los matan si es preciso, pero que al fin y al cabo los llevan. Por la calle central de Santillana no se va á ninguna parte más que á ella misma. Nadie podrá decir: "he visto á Santillana de paso." Para verla, es preciso visitarla.

Los habitantes mejor situados de esta venerable villa muerta son las monjas. Ellas, desde las desvencijadas ventanas de los dos grandes conventos construídos hace siglos á la derecha del camino, cuando se baja al campo de Revolgo, pueden atisbar á todo el que pasa, aunque no entre en Santillana.

Disfrutan de ameno paisaje, aunque no es pacioso, y de la grata compañía de hermosos árboles y frescas praderas. Aquellas pobres ascetas, arrojadas las más de los secularizados conventos de la provincia, son los únicos vecinos de Santillana que ven cielo, árboles, la incomparable perspectiva de los suelos verdes y frescos, colinas, campo, una lontananza que hace veces de horizonte, y, sobre todo, pasajeros.

Sírvanos de amparo la mirada de las vírgenes del Señor para penetrar en la villa difunta. Es preciso dejar el coche á la entrada, no sólo porque aquí no hay longitudes fatigosas, sino porque los que empedraron estas calles no pensaban que algún día hubiera carruajes en el mundo. Entramos, y las históricas casas detienen nuestro paso, nos dan una especie de *quién vive*, nos miran con sus negros balconillos soñolientos, medio cerrados, medio abiertos; fruncen el negro alero podrido, y parece que la enorme pared verrugosa se inclina en ceremoniosa y lenta cortesía. Nuestro estupor aumenta cuando advertimos, mirando á todos lados, un fenómeno rarísimo y que no se observa ni al visitar los pueblos más muertos. No se ve gente. No hay nadie. Nadie nos mira, nadie nos sigue, y el roñoso gozne de la ventana secular no gime lastimero abriéndose para dar paso á un semblante humano. Todo es soledad, un silencio como el del sepulcro, ó mejor, como el del campo. Ni pasos de hombre ni de bruto turban el sosiego

majestuoso que rodea las venerables casas. Allí, como entre cartujos, todo se dice con la expresión de la fisonomía; nada se habla.

Ninguna puerta antigua se parece á estas puertas; ningún ojivo ventanuco, ningún jiboso balcón ni tuerto tragaluz se parece á los huecos de estas viviendas, cuya fisonomía es completamente extraña á los tiempos presentes. Los siglos no han mudado nada, ni puesto su mano remendona en parte alguna de los destartalados edificios. Los habitantes de ellos no pueden ser como nosotros, y de seguro, si no los vemos en el momento presente, es porque han ido de fiesta y volverán de súbito, mostrándonos sus avellanados rostros dentro de las gollas, y pasando casi á saltos y cuidadosamente de piedra en piedra para no mancharse de barro las enjutas piernas con negras calzas.

Hay casas pequeñitas cuyo techo parece estar al alcance de nuestra mano; otras grandes que se estiran manifestando cierta finchada animadversión al vernos pasar. Unas esconden su fealdad en un ángulo; otras, ventradas y derrengadas, apoyándose en podridos puntales, salen y estorban como el tullido con muletas que pide una limosna. Las hay que muestran el vanidoso escudo ocupando media fachada; las hay que muellemente se reclinan sobre su vecina. Echándole á ésta el peso de una teja, daría con su cansado cuerpo en tierra; aquella otra, por el contrario, muestra en sus

hermosos sillares gran confianza en sí misma, y su curtido rostro expresa vanidoso convencimiento de remojarse en las aguas del venidero siglo.

A todas les ha salido de tal manera el musgo, que parecen vestidas de una piel verdinegra. En las junturas y en los defectos, variadas especies vegetales muestran su pomposa lozanía. A trozos vese interrumpida la hilera de habitaciones por tapias de huertas, en que el musgo es resbaladizo y sutil como el más fino terciopelo. Ejércitos de helechos en fila coronan el muro de un extremo á otro, y moviéndose á compás á impulsos del viento, parece que corren. Una higuera extiende sus brazos hasta media calle, cual si quisiera decir algo, con suplicante ademán, al transeunte. En otra parte vese en lugar de puerta un gran arco de fábrica, por el cual un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos oscuros, á cuyo extremo se alcanza á ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja que los reinos de la Naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Al punto que la ve, llénala la incitada fantasía de novelescas historias; que no hay torreón sin duende. Pregúntale su abolengo, el número de horas que han transcurrido suavemente desde el

primer día de su existencia, y el número de vidas que se han sucedido en su recinto, como las leves ondas del pequeño río que van pasando y perdiéndose la una en la otra.

El aldabón se mueve y llama; retumba la bóveda del portal como una respuesta soñolienta; ábrese una ventana, y las vigas de la escalera crujen; suenan pisadas de inquietos corceles, ladridos de perros cuyo lenguaje no parece igual al de los perros de nuestro siglo; óyense preguntas y respuestas en las cuales se destaca el majestuoso asonante del *Romancero*. En la penumbra, gallardas plumas negras se mecen sobre las cabezas, y entre las voces se siente sonajeo de espuelas y roce de rechinantes conteras contra el suelo. Las capas oscuras parecen sombras que entran y salen. Una luz macilenta, por hermoso brazo sustentada, alumbraba de improviso colores más vivos, y las bruñidas cotas lanzan plateados reflejos. Las voces, las luces, se van extinguendo al fin. Descansan los caballos, cesan de chillar las añosas maderas de la escalera, se pierden los pasos, á lo lejos golpean algunas puertas; gruñen, en vez de ladrar, los perros; desaparece la luz; piérdense en absoluta obscuridad plumas y capas, y todo cae en profundo sosiego. Poco después, de toda aquella algazara no queda más que la vibrante palabra diatónica del sapo, un asqueroso hablador de la húmeda noche, que perennemente está haciendo su pregunta sin que nadie le conteste.

Defendámonos contra la fantasmagoría. ¡Atrás, sombras vanas, imágenes absurdas! No nos dejaremos fascinar; lucharemos contra la ilusión hasta vencerla y poner sobre sus destrozados restos el orgulloso pabellón de la realidad. Si es de día, ¿á qué vienen esas sombras, donde se mecen airosas plumas? ¿De qué rincón han salido esos vagabundos que hablan en romance? Abajo la leyenda; reine la vigilante observación que todo lo mide, y á cada objeto da su color y á cada boca su palabra.

Por fin vemos gente. Un aldeano pasa y nos saluda con la grave urbanidad del montañés que no se ha depravado en el muelle de Santander ó en las minas de Reocín. Por la calle de las *Lindas* bajan dos muchachas, que nos miran y luego hablan entre sí, comentando nuestra visita á Santillana. Al fin, entre tanto caserón viejo, entre tanta puerta corroída, divisamos algo que chilla y disuena. Parece que se oye un *alto* brutal. La impresión es fuerte, porque se había perdido la noción de las perspectivas á la moderna, y el ánimo no estaba preparado para transición tan brusca. Mas no hay que asustarse: aquel establecimiento flamante es la botica, y su pórtico hállase pintado de blanco con gallardos ramitos azules que le dan muy buen ver. En la puerta, varios jóvenes de la población entretienen las inacabables horas de Santillana hablando de política, de los toros de Santander, ó de las menudas historias de la villa. Y que hay todavía his-

torias en Santillana, pueblo de tantas grandezas, no podemos dudarlo ya desde que hemos visto que hay gente.

II

La Abadía.

Para llegar al atrio es forzoso que pasemos sobre una reja colocada horizontalmente, sistema de ingreso que el viajero no acierta á comprender si no le advierten que los cerdos y las vacas, que libremente pasean por las calles de la villa, entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera. Abundante hierba crece en el atrio, y sus informes baldosas, sobre las cuales han pisado tantos siglos entrando y saliendo, están rodeadas de verdura entre charcos que la lluvia renueva sin cesar. A la derecha se alza la torre, cuadrada, rojiza, semejante por su esbeltez á los cubos mozárabes de Castilla la Nueva. Mirada atentamente, y prescindiendo del parentesco más ó menos lejano que tienen todas las obras de arquitectura, y en particular las obras orientales con las románicas, se ve que es cosa muy distinta. Una austeridad cenobítica domina en la galería superior, en el ajimez, en las columnas cilíndricas de los ángulos y en los

cordones horizontales, que parecen puestos allí para ceñir las diversas fases de la fábrica. La puerta principal es un noble vestigio que inspira compasión. Las series de arcos concéntricos cuajados de estrellas, perlas, cabecillas de clavo, lacerías, cables, ziczás, dientes de sierra, apenas conservan restos de esta peregrina ornamentación; los capiteles están roídos, y las figuras mutiladas; pero tal es la fuerza del arte, que parece que tienen expresión aun sin tener cabeza.

Dentro, la mirada se extiende por una nave de regular altura y dos laterales más bajas que no se confunden con el ábside, sino terminan á ambos lados del presbiterio en pequeñas capillas. Otra nave alta corta á la primera en cruz, estableciendo la forma latina. Las bóvedas y arcos, de medio punto en algunos sitios, peraltados en otros, parece que buscan ó presagian la ojiva. La vista de este hermoso edificio románico, cuya data de construcción fácilmente fija el observador en el duodécimo siglo, causa fatiga y desconsuelo. Se ve que la noble construcción pugna por mostrarse rompiendo el velo espeso que la cubre; porque ni los variados capiteles, ni las impostas y las cornisas que el escultor llenó de imitaciones de la Naturaleza, labrándolas con inocente estilo, aparecen con claridad á la vista. Todo está cubierto y velado por una capa espesa de yeso; las figuras se ven como si estuvieran arrebujadas en un manto blanco, bajo el cual tiemblan de frío y de vergüenza. Es

preciso, para que la Colegiata de Santillana brille como merece, que haya una mano hábil que la desnude, así como hubo una bárbara mano que la vistió. Si al menos hubiera cubierto los grupos desvergonzados que decoran altos capiteles en la capilla de la derecha, la profanación artística habría tenido alguna disculpa; pero cuidó de dejarlos como todos los demás, y hoy son los primeros que el maligno sacristán enseña á los forasteros.

La Colegiata es pobre: su pobreza está pintada en todo el edificio, desde el basamento de las columnas hasta la clave de la última bóveda; en la figura del monaguillo, que vestido con blusa azul y calzado de alpargatas, entra y sale, desempeñando su oficio con el gracioso aburrimento propio de todo monaguillo; en el túmulo negro gotado de amarilla cera que sirve para recibir las ofrendas, y en el mocosó candelero que las alumbrá. Sin embargo, un frontal de plata repujada cubre el altar mayor, y la sacristía guarda joyas de precio que no se aplican diariamente al culto.

Los sepulcros notables son dos: el de Santa Juliana, una mártir de la Propóntide, y el de la Infanta doña Fronilde, de autenticidad muy disputada por los críticos. Ambos enterramientos son de una antigüedad respetable, y las extrañas figuras y emblemas que los adornan desafían la sagacidad de los anticuarios más cachazudos.

Nos falta el claustro, resumen de toda la

poesía y de todos los misterios de la vieja Santillana. Fuerte olor de humedad y de cementerio nos lo anuncia, y al entrar en él, lo primero que ven los ojos es una calavera que ha caído del osario, y se mantiene sobre el zócalo, fría y seria, observando con sus ojos huecos á todo el que se atreve á penetrar allí.

III

El claustro.

Catorce arcos de medio punto, sustentados por grupos de cuatro columnas, componen cada una de las cuatro galerías que forman el claustro. Los que han visto arquitectura románica y de transición, comprenderán la variedad de capiteles con que los artistas de los siglos XI y XII han coronado estas inimitables columnatas. Los hay historiados, los hay religiosos, los hay compuestos con formas del orden vegetal, con figuras humorísticas unos, con grupos de cacerías otros, con caprichosas lacerías éstos, aquéllos cubiertos de ramificaciones orientales. El tono general de la fábrica actualmente es un marcado color de corcho, y la superficie de la piedra leprosa, agujereada, lamida por el tiempo, aumenta la semejanza con aquel cuerpo. En una de las cru-

jías, los dobles pares de columnas se inclinan hacia adelante con uniformidad. La fábrica está cansada, y busca el mejor medio de caer y tenderse en tierra. Otra crujía, la del Norte, azotada por la lluvia y muerta de frío, porque jamás le ha dado el sol, ha tomado un color verdinegro, y se pudre calada de humedad hasta lo más hondo de sus ateridas piedras.

El techo no es en su mayor parte de bóveda, sino de vigas negras, que en algunos sitios necesitan ser apuntaladas por otras vigas casi tan podridas como ellas, para no caer al suelo. La vegetación ha invadido todo, y parece que hasta las piedras tienen tallos y hojas. El patio cuadrilongo, sepultura de los pobres, ofrece espléndida variedad de las hierbas más lezanas, donde pasta la infinita grey de babosos caracoles. Diez siglos de Santillana yacen bajo aquellas raíces; pero los huesos viejos, aquéllos que pertenecieron á quien ha sido abandonado para siempre de todas las memorias de la tierra, son arrojados al osario, que está lleno hasta los bordes, como granero en tiempos de pingüe cosecha. Rebosa por encima de una de las paredes laterales, y cuando soplan fuertes vientos llueven calaveras. En un ángulo, un ciprés solitario, afilado, negro, pugna por salir fuera de la vetusta fábrica, y un grupo de silvestres cañas se cimbrean rozando sus delgadas hojas superiores. Cuando las noches vienen con cierzo y las calaveras del osario chocan unas con

otras, y resbalan los huesos aplastando á los caracoles, el cañaveral, triste músico de la noche, se queja suavemente del desorden que le rodea.

Cuando el sol ilumina la revuelta sepultura, en la cual todo está destrozado, el muerto y el sarcófago, se ve claramente que la paz de aquellos melancólicos lugares supera á cuanto puede soñar la imaginación del vivo, anhelante de descanso. Aquél sí que es imperio absoluto de la muerte. Allí todo es muerte, todo se descompone; y los gusanos, después de comerse el cuerpo, se comen la tumba; allí sí que no quedará nada; allí sí que entra todo en la esfera de asimilación de la Naturaleza; y cuando pase algún tiempo más; cuando en lo que fué lugar cristiano, puesto al amparo de la cruz para perpetuar memorias de los muertos, no se vean más que piedras informes, musgo, caracoles, lozanas hierbas que nutrieron sus raíces en cerebros donde latió el pensamiento; cuando hasta el osario sea blanca tierra que esparcirán sobre el campo los vientos, y desaparezcan las últimas esculturas lamidas por el agua, entonces se habrá realizado de un modo absoluto la sentencia que manda volver el polvo al polvo. En una misma ruina, en una misma masa de lodo cuyo imperio se reparten helechos y sabandijas, estarán comprendidos hombre y arte, el sentimiento cristiano que hizo el claustro y el egoísmo que lo dejó perder; todo será polvo, y no habrá ni siquiera

quien pueda enorgullecerse de aquella es-
coria.

El claustro de la abadía pasará pronto... Apresurémonos á verlo bien. En sus cuatro galerías abundan los sepulcros; pero muchos letreros no se pueden leer. Diríase que ha pasado por ellos humo densísimo para borrarlos. En otras, una sencilla cruz dice algo más que las enfáticas inscripciones con letras amarillas, recién hechas y aun barnizadas, con pretensiones de llegar á la eternidad. Algunos señores de la nobleza del país duermen dentro de un gran prisma de yeso. En diversos puntos se ven arrinconados ó puestos en pie contra la pared los antiguos ataúdes de piedra, ya mudos, porque sus epitafios no dicen nada, ya sin dueño, porque los siglos han barajado la tierra y los huesos. El silencio, la paz de aquellos sitios, que son el símbolo más perfecto del eterno descanso, se turba cuando entieran á alguien; pero por esta misma razón se turba pocas veces.

*
* *

Cuando se recorren las calles de Santillana para salir de la villa, ésta parece más alegre. Por último, en la Plaza del Consistorio se ve una casa nueva, un edificio que acaba de salir, húmedo aún y charolado, de manos del arquitecto y del pintor. Más afuera, junto al camino que vuelve á la izquierda y pasa, está el palacio de Casa-Me-

na, construcción del anterior siglo, restaurada actualmente con especial esmero. Su riquísima biblioteca ocupa una sala baja, con preciosas estanterías de roble. Hermoso es el conjunto de esta bien ordenada pieza, en la cual se ven, formando conjunto artístico, estupendos muebles arcáicos, monetarios, panoplias, y, sobre todo, las dos librerías, cuyos estantes muestran y guardan elegantes y lujosas encuadernaciones. Colosal busto de Su Santidad ocupa el frente principal. La acertada combinación de los diversos objetos que llenan la estancia, sin que nada huelgue dentro de ella, produce singular encanto á la vista, así como los dulces matices de la esculpida madera sin barniz, el oro pálido que brilla en el herraje de las arquetas, el acero mate y la roja lana de las cortinas. De la riqueza bibliográfica que allí se guarde, poco puedo decir por no serme conocida. Rarezas y joyas tipográficas de inestimable valor, infinidad de escritos curiosísimos referentes á la provincia, colecciones de especialidades, crónicas harto escasas, hacen de la biblioteca de Casa-Mena la mejor de toda la Cantabria y una de las más escogidas y bellas de España.

En el resto del palacio, los actuales Marqueses han emprendido una serie de restauraciones, que harán de aquel edificio una residencia muy agradable, morada llena de encantos en la puerta de una ciudad lúgubre.

Y se acabó Santillana, se acabó la villa

difunta. El hermoso parque de Casa-Mena y los jóvenes pinares de la misma casa nos despiden de aquel glorioso escombros, al cual se asocia la memoria de Iñigo López de Mendoza, sin que la imaginación pueda separar el uno de la otra, á pesar de los cuatro siglos que pugnan por ponerse en medio.

IV

Alfoz de Lloredo.

Novales no quiere dejarse ver, y escondido entre sus azahares, renuncia á las visitas del caminante presuroso. En cambio, Cóbreces, Toñanes, Cigüenza, Ruiloba se muestran esparcidos por las verdes colinas, no lejos del mar, en terreno ligeramente pedregoso y muy quebrado. Los ricos *jándalos*, á quienes Jerez, el Puerto y Cádiz dieron dinero abundante, habla ceceosa y maneras un tanto desenvueltas, han poblado de risueñas casitas aquella alegre comarca. No faltó entre ellos quien quisiera dejar muestra de su piedad en un convento que aún está sin concluir. Los caseríos abundan, y en ellos las casas grandonas, blancas, con holgados balcones verdes y sólidos cortafuegos, á los cuales no falta el pomposo escudo. A la espléndida vegetación montañesa se unen el naranjo y el limonero, y so-

bre la multitud que llena la plaza en horas de fiesta, destácase un sombrero exótico, una planta de otros climas: el calañés. Los emigrantes se han traído al regreso media Andalucía, y aquel país tiene no sé qué de meridional. Aquel mar que asoma en las curvas de los cerros dejando ver brillantes recortaduras de un azul hermosísimo, parece afectar ¡hipócrita!, en días pacíficos de verano, la serenidad y mansedumbre del Mediterráneo.

El monte de Tramalón remeda las espesuras de Sierra Morena, abrigo de ladrones, y según afirman mis compañeros de viaje, ladrones tuvo, si bien de juguete, gentezuela que antes daba sustos que puñaladas. En las revueltas del camino que baja y sube inquieto, y no sin fatiga, por no encontrar dos varas de terreno llano en que extenderse con desahogo, se alcanza á ver la playa de Luaña, poco há invadida por los bañistas, que han encontrado en aquella placentera soledad establecimiento construído, en gran parte, con las maderas de un buque ruso, escupidas por el mar. Cóbreces, no teniendo bastante con las naranjas, se ha dedicado á explotar la moda balnearia. Por entre el ramaje verde de sus huertos se ven pasar sombrillas y quitasoles, y en los antepechos de sus balcones se ostentan colgados al sol, para secarse, esos horribles trajes de lana, dentro de los cuales Venus (admitaseme la generalización del emblema) gusta de volver á la espuma de donde salió.

V

Comillas.

Para entrar en esta villa de los López y de los cuatro prelados, es preciso atravesar el mar en coche. Tranquilizaos: hay un puente de roca á roca, y entre éstas mete el Océano uno de sus poderosos brazos, y con los destructores dedos de espuma revuelve la arena, y arma allí un remolino y una batahola que imponen miedo á los que pasan por encima.

No lejos del viaducto, los apagados hornos de calamina demuestran que por allí han pasado los mineros. Encima, y á vertiginosa altura, en la cumbre de un atrevido cerro, se alza la *Coteruca*, un palacio que yuela, según está de alto y de enriscado; á la derecha, otras colinas pedregosas junto al mar, en las cuales hay algunas casas con huertas, cuyos hortelanos han tallado á pico la roca para hacer de ellas un gran tiesto de legumbres; enfrente, la calle principal de Comillas, que sube, baja, da de codo á las casas para que la dejen pasar, y al fin, con trabajos mil, logra llegar hasta la plaza, de donde, no sin dificultad, puede salir para perderse en el camino de la Rabia.

El aspecto de Comillas es alegre, festivo;

infunde ideas de salubridad, de comodidad, de bienestar pacífico y laborioso. Sus casas antiguas no se desmoronan como las de Santillana, y las nuevas resplandecen de blancura. Tiene en algunos trozos cierto aspecto gaditano, y la luz del sol se quiebra en mil vidrios, tras de los cuales los ojos de la comillana no se descuidan en cuanto el empedrado anuncia con estrépito el paso de un vehículo.

Hay un colegio de mármol, una parroquia suntuosa y una casa de Ayuntamiento cuya fachada es casi un libro, donde está el registro de los hijos ilustres de la villa. Esta, aunque se halla muy cerca del mar, no lo ve desde sus principales sitios. Queriendo, sin duda, guarecer de los nordestes su limpio caserío, se acurrucó tras una peña, cuya cresta se llama el Calvario, y á la cual se asoman algunas casas que no pueden pasarse sin la incomparable vista del mar, y se empinan sobre los techos de sus vecinas.

En el Calvario se disfruta de una de las perspectivas más bellas que ofrece en su larga extensión la costa Cantábrica. Parece que no se acaba nunca de ver la inmensidad del mar que se desarrolla ante los ojos, ó que el horizonte huye. La colina baja bruscamente, tapizada de finísimo verdor, hasta la arena inmaculada; y al extremo izquierdo del arco que forma la playa, está el puerto, un pequeño cuadrilongo de escolleras batidas por el mar; un puño cerrado que puede contener diez ó doce barquitos, con los almace-

nes del resguardo y muelles para la calamina. Cuando los pataches salen de aquel nido y tienden sus alas blancas sobre el azul del mar en días serenos, es imposible dejar de contemplarlos hasta que se pierden en el azul inmenso. Allá lejos aparece en extensa línea negra el humo de los grandes vapores trasatlánticos, que pasan manchando el cielo.

En la roca que domina el muelle hay una ingente mole de piedra que fué iglesia y hoy parece que es cementerio. Era la antigua parroquia de la villa, perteneciente al señorío del Infantado. Cierta día, el mayordomo de Su Excelencia tuvo la malaventurada idea de expulsar de la iglesia á unas cuantas comillanas que ocuparon dentro de ella un lugar que no les correspondía. Irritáronse los marineros, y penetrando atropelladamente en el sagrado recinto, cogieron cuanto en él podía cogerse y lo arrojaron al mar. Allá fueron á poblar las verdosas honduras, altares, bancos, santos, púlpitos, confesonarios, etc. No creían ofender de ese modo á Dios, y para probarlo labraron con sus ahorros (entonces los pescadores tenían ahorros) el hermoso templo actual en el centro de la villa.

Mirando hacia la parte de tierra, se ven las suaves colinas verdes, con sus rústicas casas; y sobre todas ellas, en el último pico, posado como un águila, dominando media tierra y medio mar, el palacio de la Coteruca, inundado de sol en los días se-

renos, arrebuñado de nubes en los turbios.

No es fácil conocer las costumbres y el carácter de un vecindario recorriendo á escape el lugar donde mora; pero lo que el viajero no puede decir *auctoritate propria*, lo dice por boca de la fama. Comillas es uno de los pueblos más cultos de la costa Cantábrica, y de los más morigerados y trabajadores. No lo han degradado las explotaciones mineras, y si su comercio es escaso y sus pesquerías insignificantes, allá se las compone con otras industrias. Todo allí respira un bienestar tranquilo, modestos hábitos de trabajo y un amor vivísimo á la localidad, sentimiento que se echa muy de menos en otras villas y aun ciudades ensoberbecidas. La circunstancia de contarse entre sus hijos algunos que son capitalistas de primer orden, ha contribuido á sus progresos. Lo extraño es que sin comercio de alto bordo, sin expediciones á América, sin pesquerías y también sin gran tumulto de bañistas, tanto decaídos los embarques de calamina, tenga Comillas aquel grato aspecto de industrial satisfecho, ordenado y económico, ni derrochador ni avaro. ¡Simpático pueblo á quien se estrecha la mano como á un bueno y leal amigo!

Hoy ofrecen risueño porvenir á Comillas los baños de mar. ¡Pues es nada! Tiene hermosa fonda llena de pretensiones, con mesa redonda, á lo francés servida (aunque un poquito á lo español guisada), y en torno de los blancos manteles se ven señoras y caba-

llos que hablan pestes de Biarritz y de San Sebastián. Por la playa pululan sombrerillos, y las voluptuosas olas reciben sacos llenos de carne nerviosa, que luego vuelven á la playa y tiritando se embaúlan en las frágiles garitas. Oyese conversación chispeante, agudezas, rumor de críticas y murmullos de política menuda. También suena la cancamurria de sáficos versos, y alguna poetisa deja ver su pálido rostro y oír estupendos dichos y sentimentales observaciones.

Para que nada falte, también hay expediciones á cercanas grutas; que si no hay olla sin tocino, tampoco hay hidroterapia sin estalactitas, ni mal de nervios que se prive de la fácil medicina de los paisajes.

Las maletas vuelven á Madrid llenas de pedruscos, de caracolitos y conchas, con los cuales se prueba á muchos incrédulos que hay mar. La concurrencia es alegre, escogida y abundante, aunque no tanto como merece Comillas.

VI

San Vicente de la Barquera.

Las marismas de la Rabia son tristes, solitarias, más solitarias y tristes á causa de su extensión. En las orillas bajas no hay pueblos, ni caseríos, ni bosques, ni los ver-

des collados que tanto abundan en este país. Las árgomas, un linaje de hierbas espinosas que se adornan de florecillas menudas, parecidas á las de la retama, invaden todo el suelo. Lo que de éste queda libre se lo toman para sí los helechos, que extienden su dominio absoluto allí donde no entran jamás arado, ni dalle, ni azada. En la Rabia debieran existir hermosos y espesos pinares; pero no hay nada más que charcos salobres y cien mil islas bajas, formadas por intrincado dédalo de canales, que unos á otros se quitan ó se dan el agua, según sube ó baja la marea.

Unese luego el camino á la carretera de Torrelavega á Oviedo, y poco después, vencidos los cerros que dominan la ría, se distingue el incomparable panorama de San Vicente. La inmensa anchura del valle á cuyo extremo se alza esta villa, la proximidad del mar, la gallarda situación del caserío entre dos puentes, las lejanas y altísimas montañas que forman un fondo majestuoso y parecen agrandar aún más el paisaje, hacen de esta perspectiva una de las más admirables y sintéticas que pueden ofrecerse á la vista del viajero. Allí todo es inmenso: tierra, cielo, montes, praderas, río, mar, marismas. Hasta el mismo pueblo de San Vicente parece un pueblo de primer orden á causa de la maravillosa fantasmagoría que produce su situación al pie del cerro, en cuya cima está la iglesia; reflejando en el agua dormida sus casas pintorescas, alargando á